

CAPITULO V.

LAS ELECCIONES DE 1869 Y SU TRASCENDENCIA POLITICA.

Una gran decadencia en el Emperador y un gran despertamiento en la opinion; esto y no otra cosa iban á revelar en su conjunto, y desde el primer dia revelaban en cada uno de sus detalles las ruidosas elecciones de 1869, que habian de producir la última Asamblea del Imperio. Desde aquellos momentos felicisimos, precursores de 1789, en que merced á la prodigiosa educacion, obra del espíritu inquieto y progresivo del siglo décimo-octavo se reunieron en los votos y aspiraciones, en las ideas y fórmulas de los ayuntamientos, de los consejos, de los Estados, todas las doctrinas de la revolucion francesa, con extraordinaria lucidez compendiadas, y con viril energía pedidas y reclamadas, jamás se habia visto en la historia de Francia una lucidez de ideas y un aliento de voluntad tan insistentes en reivindicar el principio más esencial á la vida, y más olvidado en los comienzos del ciego cesarismo, el principio de libertad. Los ánimos estaban de tal manera exaltados por su ideal é implacables contra el César que se creyó posible bajo el nombre,

un tanto gastado ya en España, de union liberal, reunir á la sombra de una sola bandera á todos los enemigos del Imperio, que marcharian compactos á la conquista del derecho en el campo pacífico de unas elecciones generales, último esfuerzo necesario para expresar por los medios legales y de orden la voluntad de la nacion. La Restauracion decian los partidarios de esta idea, con ser monarquía católica, y borbónica fué mucho más liberal que el Imperio; la monarquía de Julio mucho más liberal; y no hay que hablar de la República, muerta á mano airada por la incompatibilidad de su esencia en la soberbia de la dictadura, pues los partidarios de estas tres soluciones pueden reunirse con el propósito de derrocar al trono y de pedir las libertades fundamentales, previo indispensable procedimiento á la clara expresion de la voluntad nacional. La idea era á primera vista seductora; pero en realidad impracticable. Los dos opuestos extremos de la política, los dos partidos que creen representar los dos polos de la sociedad, el uno, la doc-

trina de lo pasado, el otro, la doctrina de lo porvenir, tocados ambos de esa falta de sentido práctico, que parecen haber recibido de la naturaleza para impedir que la sociedad se caiga, como un ébrio, á la derecha ó á la izquierda bruscamente; estos dos partidos, soñadores y vagos, rechazaron toda alianza porque el uno la quería para restaurar en el centro de Europa el régimen teocrático, y el otro para implantar los principios socialistas, ambos para una utopía igualmente imposible. De consiguiente, cada partido iba á las urnas, separado y con su bandera, pero todos juntos y unidos en el odio común al gobierno del Imperio y á la persona del César.

Así no es maravilla que sordas preocupaciones y profundas inquietudes oscurecieran la inteligencia y embargaran la voluntad del dueño de Francia, en esta hora angustiosa y suprema. Las elecciones se verificaban tristemente en circunstancias difícilísimas. La aureola de gloria del Imperio, que siempre fué á los ojos perspicaces una aureola de nieblas, la aureola de gloria se había disipado hasta á los ojos más vulgares. Herido en Méjico, herido en Sadowah; el Imperio americano de que se había declarado protector en el suelo, y el Imperio europeo de que se había declarado enemigo en el zenith; no tenía ya manera de engañar al orgullo nacional francés, ni de compensar con una brillante supremacía en el mundo la triste ausencia de la libertad y del derecho. Luego su ministro de Estado había dicho melancólicamente que la generación fundadora del Imperio, pudría tierra en su mayor parte, y había dicho la verdad. Los gobiernos y los partidos no fijan su atención jamás en el hecho capitalísimo de la historia, en el que ejerce más soberana influencia sobre la política, en el flujo y reflujo de las generaciones. Solemos quejarnos de haber nacido mortales, quisiéramos fijar la rueda de nuestra vida que camina con una rapidez tan vertiginosa hácia el sepulcro, y no consideramos que uno de los presentes

más bellos de Dios al hombre, es la muerte. Perpetuad las generaciones sobre el planeta y vereis cómo se perpetúan la superstición y el error. Los ánimos apocados pueden mirar la muerte en su desnudez como la diosa que destruye; los ánimos levantados la mirarán en su fecundidad como la diosa que renueva. Ya la generación que se asustó de la libertad, que renegó de la República, que se echó en brazos del Imperio por huir de la utopía, había sucedido una generación menos inquieta, poco revolucionaria, enemiga de la fuerza, pero profundamente republicana y democrática. A los ojos de la generación que fundó el Imperio las utopías aparecían como los cometas á los ojos de la antigüedad, como cuerpos sangrientos que llevaban ciudades de tumbas y nubes de males, como espadas esterminadoras puestas en las manos de ángeles invisibles, para que las esgrimieran contra la humanidad y sus obras. A los ojos de la nueva generación, las utopías aparecían como los cometas á los ojos de la ciencia. No son cuerpos, cuya marcha se pueda fijar con la exactitud con que se fija la marcha de los otros cuerpos celestes; pero no son tampoco cuerpos perturbadores y anárquicos en el sistema planetario, su choque con nuestra tierra no produciría más efecto que el choque de una mosea con un tren; y en su materia difusa en sus gases resplandecientes, en su misteriosa cabellera desprendida de la guedeja del sol, acaso llevan el germen y la esperanza lejanísima de una mera creación. Déjeseles, pues, discurrir por los espacios. En tal manera el sentido de la nueva generación, estaba así formado que Napoleón sacó de las inmensas cloacas de París, todas las suciedades demagógicas amontonadas por veinte años de Imperio, y no pudo aterrarla. La nueva generación detestaba la demagogia, pero era por lo que la demagogia tenía de contraria á la libertad y á la República. La nueva generación aborrecía al Imperio que los Catilinas de arriba erigieron contra los

Catilinas de abajo; pero sin dejar por eso de ser tan demagogo como la más desenfrenada demagogia, y su principal promovedor, y su cómplice. No había, pues, medio de ganar un alma indomable, un alma indisolublemente unida á la libertad, el alma de una generación que venía resuelta á destruir el Imperio y á fundar la República. Con estos dos graves inconvenientes, con estos dos insuperables obstáculos tenía que luchar el Emperador, con su propia disminucion y con el crecimiento de las opiniones republicanas. Así se presentaba en los comicios, incierto en sus ideas, inseguro en su política, aterrado de su decadencia con el partido imperial, separado en reaccionarios y en reformadores, mientras los partidos contrarios se unían en el odio al Imperio cesarista, y en la proclamación de las libertades necesarias.

Los déspotas se parecen á los conspiradores en una cosa, en que creen con pequeños medios conseguir grandes fines. El conspirador afila su puñal, y cree que matando un tirano, ha matado del mismo golpe la tiranía; el déspota apareja sus medios de corrupción, y cree que corrompiendo á un tribuno, ha corrompido también la libertad. Ni el uno puede perturbar á su antojo la estabilidad social, que no se mueve al capricho de nuestra voluntad como no se hincha la vela del barco al soplo de nuestros labios; ni el otro puede detener el progreso, que no se tuerce á la fuerza como no se detiene el torrente al dique de nuestros brazos. La estabilidad social se mantiene á despecho de los perturbadores; y el progreso social se verifica á despecho de los déspotas. Pero nadie le quita de la cabeza á un déspota, sobre todo si ese déspota ha sido antes conspirador, que los millares de funcionarios sometidos á su voluntad, los cientos de millones amontonados en sus arcas, los cortesanos anhelantes por recoger las migajas de sus banquetes y las sonrisas de sus labios, los esbirros que celan hasta el

sueño de los ciudadanos, los centinelas que guardan sus casas, la multitud de inertes que adoran la fortuna y la otra multitud de utilitarios que solo anhelan el reposo, todos estos elementos juntos bastan para falsear la voluntad de una generación y para impedir el triunfo de una idea. Luis Napoleón todavía se propuso más que esto en la contienda de las elecciones; Luis Napoleón se propuso falsear por completo la opinión pública, la voz de la conciencia nacional, convertir el trueno del cielo en un clarinete de su orquesta de antecámara. Así pensó en una inmensa falsificación de la prensa. Sus arcas particulares y las arcas del Estado se abrieron á este fin; las hojillas de anuncios devotas al Imperio y ecos de las prefecturas se convirtieron á una en periodicazos políticos; los redactores de París, más hábiles en manejar el arma emponzoñada de la calumnia, más al cabo en conocer los medios de corrupción y de amedrentamiento, los halagos y las amenazas, salieron en peregrinación á las capitales de provincia para ponerse al frente de los diarios propagandistas; los candidatos oficiales se vieron obligados y constreñidos á proveer de sus fondos particulares á esta falsificación universal; activáronse las correspondencias de Florian Pharaon, correspondencias autógrafas de un amigo antiguo del Emperador y de un devoto decidido del Imperio; sedújose por dinero al jefe de otra casa de publicación y al director de otra serie de cartas para que deslizara en sus correspondencias, regularmente admitidas por los periódicos de oposición, veneno imperialista; y mientras el telégrafo, en manos del Gobierno, se apercebía á no divulgar nueva alguna que no fuera favorable á los intereses dinásticos, la *agencia Havas*, con su inmensa publicidad, con sus innumerables recursos, con su red tendida sobre todas las publicaciones, divulgaba en alas del rayo ciegamente sometido por el fatalismo de la materia á la voluntad del Gobierno, los partes telegráficos que más pudieran dañar á la li-